

¿qué hacer con la singularidad en esta experiencia del pensamiento? ¿Y qué sucede con la relación entre vida, muerte y *psyché*?

MAURIZIO FERRARIS: 1942: «Francia, ahora, la universidad francesa. Me acusan de ser despiadado y, por sobre todo, injusto con ella: quizá cuentas pendientes. ¿Acaso no es cierto que me echaron de la escuela cuando tenía once años, y sin que un solo alemán hubiera puesto un pie en Argelia? El único director cuyo nombre recuerdo me llama a su oficina: “Ahora vuelves a casa, pequeño; los tuyos recibirán un par de líneas”. En ese momento no entendí nada; ¿y después? ¿Qué, no volverían a prohibirme la escuela, si pudieran? ¿Acaso no es exactamente por eso que desde siempre me instalé allí, para provocarlos y causarles el mayor deseo, siempre en el límite, de expulsarme una vez más? No, de ninguna manera, no creo en absoluto en estas hipótesis; son seductoras o divertidas, manipulables, pero carecen de valor, son clisés. Además, sabes que no abogo por la destrucción de la universidades o por la desaparición de los custodios, pero debe hacerse cierta guerra cuando el oscurantismo, la vulgaridad especialmente, hace de ella su sitio, como es inevitable» (La carte postale, pág. 97).

J. D.: La fecha que usted privilegió, 1942, será siempre para mí la marca de un quiebre o de un trauma. Una sedimentación inconsciente se plasmó, endureció, encalleció, pero también —de modo igualmente inconsciente— una determinación intelectual, aunque no entendí gran cosa de lo que sucedía en 1942, cuando el pequeño judío de Argel que yo era, en el momento del antisemitismo (francés, y no alemán o estrictamente nazi), fue expulsado de la escuela. Aunque no entendí mucho de aquello, a causa de esa heri-

da se instaló cierta perspectiva, de modo dominante, consciente e inconsciente. Más adelante, y como consecuencia, incumbirá a cuestiones intelectuales, las cuestiones de la cultura y de la lengua. Una configuración que podrá denominarse «intelectual», e incluso «ideológica», aunque no consciente, ocupa su lugar. Y de allí en más ya no será posible, para mí como para cualquier otro, discernir entre lo biográfico y lo intelectual, lo biográfico no intelectual y lo biográfico intelectual, lo consciente y lo inconsciente. Para una descripción rigurosa y refinada de estas secuencias, para hacer en verdad algo que no sea contar historias, anécdotas más o menos espectaculares, habría que encontrar nuevas categorías, inventar una modalidad simultáneamente diegética, fenomenológica y psicoanalítica en extremo refinada.

Si me valiera del lenguaje usual, tal como está asequible de inmediato, ¿qué podría decir, empero, en lo atinente al orden intelectual? Hay alguien que a los doce años, sin que le expliquen qué es el antisemitismo ni qué sucede en el mundo político, se ve echado un día de la escuela por un director que le dice: «Ahora vuelves a casa; los tuyos te explicarán». Entonces, para el pequeño se desploma esa seguridad relativa representada por la escuela, esto es, por el lugar de donde le llega la cultura, donde se practica la enseñanza de lenguas, donde los modelos dominantes de la lengua francesa son enseñados, o más bien inculcados.

Mi única lengua materna, si tengo alguna, es el francés, pero muy pronto y de un modo oscuro tuve la sensación de que esa lengua no era mía. Y no sólo porque pertenecía a una familia judía, de origen español, que estaba en Argelia desde antes de la colonización francesa, sino también, precisamente, porque desde los años de la escuela —por ende, ya estamos en la biografía intelectual— el modo en que se enseñaba, ya en

los primerísimos grados, la lengua francesa, las normas del buen escribir y del hablar correcto, las referencias a la literatura, daban a entender que el modelo estaba sólo en Francia, e incluso en París. Tenía la sensación de que esa lengua, la única mía, había llegado de otro sitio. Y el momento en que fui excluido de la escuela debe de haber agravado este sentimiento de ajenidad, de exterioridad, de no pertenencia, ya en la lengua, ya en la referencia a la literatura, al modelo del buen hablar y de las bellas letras. Ese quiebre violento debe de haber dejado estigmas, aunque no comprendiera su significado, aunque en cierto sentido no protestara (por lo que recuerdo, el día en que me dijeron «Ve a casa» no tuve un sentimiento de rebelión o indignación: sólo de incompreensión; y en mi familia nunca me explicaron qué estaba ocurriendo).

Inmediatamente después, los míos me inscribieron, como hacían casi todas las familias judías, en una escuela judía de Argelia, donde se congregaba buena parte de los docentes judíos, también ellos echados de la enseñanza, y de los jóvenes judíos destinados a recibir una enseñanza francesa, como en un liceo. Los meses que siguieron a la expulsión fueron una experiencia muy dolorosa; ya había empezado a percibir el antisemitismo en el exterior, en la calle, en el círculo de los compañeros de juegos. Mis amigos me trataban de judío sucio o no querían hablarme. Y, paradójicamente, mi sentido de no pertenencia se abrió camino también en mi relación con la comunidad judía y con esos jóvenes que como yo estaban reagrupados en la escuela judía. Detestaba esa escuela, y la mayor parte de las veces, sin decírselo a los míos, «me hacía la rabona», me escapaba a escondidas, sin que mi familia se enterase. Tuve una relación muy negativa con la comunidad judía que en ese entonces se organizaba y se adaptaba a la situación. Era un impulso salvaje, un

sentimiento oscuro. Surgió en ese momento y quedó, según creo, para siempre en mí. Sobre el trasfondo de ese trauma no sólo cultivé, dejé que se cultivara en mí, una suerte de no pertenencia a la cultura francesa, y a Francia en general, sino también, en cierto modo, un rechazo por la pertenencia judía. Al menos esta es mi impresión: durante esos pocos meses, entre 1942 y 1943, las cosas se formaron y tomaron su sitio en mí para toda la vida. Mi reacción espontánea o infantil frente a la violencia antisemita consistió en decir «No, no formo parte ni de esto ni de aquello», ni de esta basura antisemita ni de sus víctimas, con un movimiento algo altanero, estetizante, sin indulgencia con relación al proteccionismo de la comunidad judía que tendía a cerrar filas frente al peligro.

Desde luego, puedo intentar, como en este momento, una descripción racional de ese doble movimiento; pero es probable que las cosas hayan sucedido muy lejos de mi conciencia, y acaso sigan estándolo ahora. Por cierto, también puedo racionalizar, y transformar la no pertenencia en un deber ético-político, decir que la pertenencia es una no pertenencia, y que la fidelidad se construye precisamente sobre el trasfondo de una no pertenencia. Pero probablemente por detrás de este discurso —sea cual fuere su valor— persista una suerte de sufrimiento imborrable. Que recuerda una ofensa y una herida sin fondo.

Traté de referirme a esto, de alguna manera, en *La carte postale* y luego en *Circonfessions*. En forma justificada o no, aun antes del trauma del que hablábamos, pongo en serie las heridas: en primer término, mi desesperación en el primer día de clases, un terrible momento de llanto y duelo que se repitió todos los años hasta la edad adulta. Habría que reconstruir una especie de cadena, incluso antes de esa primera separación respecto del ámbito familiar, por medio de la es-

cuela, la exclusión en 1942, y luego todo el drama que repitió, replicó, volvió a poner en escena, esa violencia en las puertas de la institución: aunque siempre estuve *en la* escuela, nunca me sentí *bien* en ella; sufrí muchos fracasos en los exámenes y en los concursos; siempre me vi expuesto a expresiones de rechazo que seguramente yo mismo me había buscado en parte, y también a intentos de marginación en la universidad francesa, hasta la historia de Praga, donde estuve preso y la institución adoptó una vez más la figura del portón de metal que, ya sea en la escuela como en la prisión, siempre estuvo allí para señalar la no pertenencia y la pertenencia forzada, entre otras cosas.